

Pienso que en tu recinto
 Hay quien por mí suspire,
 Quien al Oriente mire
 Buscando á su amador.

 Mi pecho hondos gemidos
 A la brisa confía.

Adios ¡oh patria mia!

Adios, tierra de amor!

A bordo del paquete-vapor *Teviot*, navegando de
 la Baliza de Orleans á la Habana.—Domingo 12 de
 junio de 1842.



FRANCISCO M. SANCHEZ DE TAGLE.



CANTATA EPITALAMICA

para el día de los felices desposorios de mis hijos Agustín
 Sánchez de Tagle y Luisa de Bocanegra.

¿Qué quieres, niño amor, que ni te asusta
 Mi faz rugosa, ni mi pelo cano?
 ¿No basta que á tu imperio soberano
 Vida y voz consagré, mientras robusta?
 ¿Intentas que arda la ceniza?... Injusta
 Fuera tu pretension, tu empeño vano;
 Que el triste hielo de mi pecho anciano
 A tus ardores mal asaz se ajusta.
 Mas nada escucha tu afanosa prisa;
 Mis viejas venas con tu fuego inflamas,
 Ordenas cante, en AGUSTIN Y LUISA,
 De tus proezas la que tú mas amas:
 Ya obedece mi musa profetisa
 Y el himno entona de tus sacras llamas.

Esta quinta deliciosa
Te vió, mi AGUSTIN, un día,
Correr tras la mariposa
Y lucerna vagarosa,
Con pié débil todavía.

Tu carrera vacilante
¡Cuántos me costaba sustos!
Que cayeras cada instante
Como aprehendía el pecho amante,
Me eran temores tus gustos.

Llamabas con risa ufana
A tus queridos hermanos
Para cortar flor temprana,
O alzar caída manzana,
Que aun no te cabía en las manos.

Cansado de fiesta y juego
Al regazo de tu madre
Venias, sudoroso, luego;
O cariñoso, á mi ruego,
A los brazos de tu padre.

Con las manos te colgabas
De entrambos cuellos paternos,
Y blando los halagabas,
Y amorosos retornabas
Los nuestros con besos tiernos.

Mas no sin mezcla de azares
Corrieron siempre esos días;
Amarguras singulares,
Susto crüel y pesares
Turbaron mis alegrías.

Aquí tu preciosa vida
En gran riesgo, á mi presencia,
Puso una grave caída:
¡Ay! daba el alma afligida
Por la tuya mi existencia!

Todo pasó ya, cual sueño
Que disipa el despertar:
A uno se siguió otro empeño;
Cambió el corazón de dueño
Y de objetos el amar.

Ese fresno cuyas ramas
Agora vientos no mecen,
Y paran del sol las llamas,
Y á tí y al ídolo que amas
Sombra grata les ofrecen,

Entonce apenas alzaba
Vara, poco mas, del suelo,
Y vaivenes le causaba
El gorrion que en él posaba,
Cortando su alegre vuelo.

A la par con él creciste,
 Y ya robusto mancebo,
 En su corteza escribiste:
 "Luisa, mi amor que admitiste,
 Será eternamente nuevo."

¡Cómo, ay! las horas rápidas volaron,
 Y los días velocísimos corrieron,
 Y en pos de ellos los años se pasaron!
 ¿Dónde están ora? ¿Dónde? ¿Qué se hicieron?

Otras llegaron ya, y otras esperan,
 Como á mí sigue mi hijo idolatrado;
 Mas todas, todas, á la par se esmeran
 En darle cuantas dichas he gozado.

Y mas; pues muchas mas están escritas
 En el libro adorable del destino,
 De pura luz con letras exquisitas
 Que imborrable formó dedo divino.

Del Supremo Hacedor que aqueso espacio,
 Donde se pierden vista y mente humana,
 Pobló de islas, de luz y de topacio
 Las puertas colocó de la mañana.

Y solo sabe dónde, en qué manera,
 Móvil ó fijo, el último lucero
 Puso, á decir á la creacion entera:
 "Solo Dios mas allá de este lindero."

Muy antes, hijos míos, que los millones
 De séres que el Eterno fabricara,
 Ya decretó formaros corazones
 Propios para la union á que os prepara.

Su mente os traza en grata semejanza,
 Que mutuo siempre en dulce amor inspira,
 Principio cierto de feliz alianza
 Y de hermosura que en la prole admira.

El modo luego, y la razon que ordena
 De daros las virtudes conyugales:
 Sus gracias os destina, á mano llena,
 Para haceros felices y leales.

Ni á vuestros padres su bondad inmensa
 Olvida en esos planes amorosos:
 Dotarlos quiso de ternura intensa,
 Porque en vosotros fueren venturosos.

Cuando le plugo realizar su intento,
 Crió aquesos orbes, sin cesar girando;
 Y ellos, midiendo siglos, el momento
 Nos allegan, que estamos disfrutando.

El sol asoma en el rosado Oriente
 Radioso, como nunca, en este día:
 Perfuman mil aromas el ambiente,
 Todo respira dichas y alegría.

El lazo santo ha unido vuestra suerte,
Y el mismo Dios eterno el nudo sella
Que no desatará sino la muerte:
Ya son uno AGUSTIN Y LUISA bella.

Dulces prendas del alma paterna,
Vuestra dicha felices nos hace;
Juventud en nosotros renace;
Ya sentimos su adierte vigor.
Esa union de dos almas eterna,
Ese fuego que siempre ha de arder,
De mil bienes la causa va á ser;
Lo ha jurado el Eterno Hacedor.

Dos arroyos juntándose en uno,
Luego forman el rio caudaloso
Que hasta el mar llegará proceloso,
Esmaltando sus bordes abri.
A este modo serán, de consuno,
Por vosotros en una reunidas,
Dos familias, del cielo queridas,
Y á la patria darán hijos mil.

En las fuentes los tiernos abuelos
Recibiendo de nietos festivos
Dulces besos, de amor expresivos,
Se enajenan en sumo placer.
Vuelan luego, temiendo los celos,
De sus padres al caro regazo,
Y duplican los mimos y abrazo,
Con que en dichas los hacen crecer.

Mi buen hijo, de mis bendiciones
Copia inmensa recibe este dia;
Y esa prenda de tanta valía,
Que es ya tuya, la goza sin fin.
La virtud regirá tus acciones;
El amor premiará tus afanes;
De tu padre dichosos los manes
Por tu causa serán, Agustin.

Dulce Luisa, virtud y hermosura
Te dió el cielo, bondoso contigo;
Agustin te va á ser fiel amigo;
Tú á él feliz y él felice te hará.
Yo por colmo os deseo de ventura
Hijos cuales habeis siempre sido:
Oye ¡oh Dios! este ruego encendido,
Y pronuncia: infalible será.



SEVERO MARIA SARIÑANA.



SONETO.

¡Laureles de oro, angélica ambrosía,
De atmósfera magnífica de gloria,
Que refresca la frente y la memoria
Cual blanda brisa al asomar el día!
De los cielos espléndida armonía,
Que trueca en grande nuestra vil escoria;
Ceñid mi sien, y mi mortal historia
Será un raudal de dichas y alegría.
Tras de vosotros caminando ardiente
Sin paz, sin calma por do quier herido,
Por llenarme de gloria refulgente;
Templo de amor, á tí llevo rendido,
Abreme y baña con tu luz mi frente,
¡Oh imágen pura del Eden perdido!

1850.

JOSÉ SEBASTIAN SEGURA.



ANTIOCO.

“En mi carro mas rápido que el viento
Incendiaré el palacio y la cabaña;
Caerá el hebreo como débil caña,
Y arrancaré de Sion el fundamento.
“Desplegaré mis labios, y á mi acento
Los mares calmarán su hirviente saña,
Y pesaré montaña por montaña,
Y mis tiendas pondré en el firmamento.”
Así exclamaba Antioco el insolente,
Cuando Dios le derriba de su carro,
Y en gusanos se mira convertido.
El corazon le abrasa fuego ardiente,
Y tórnanse del déspota bizarro
Sus huesos polvo y su memoria olvido.

VICENTE SEGURA.



A LESBIA.

¡Ángel divino, singular belleza
A quien mi vida toda he consagrado,
Tú infundes en mi pecho enamorado
Sensaciones de amor y de tristeza!
La suerte cruel con bárbara fiereza,
De corazón amante me ha dotado,
Negándome el placer tan deseado
De estrecharte en mis brazos con ternura.
Si el cielo no me crió para poseerte,
¿Por qué me inflama en fervidos amores,
Haciendo me consuma yo en quererte?
¡Ay, Lesbía! si me esquivas tus favores
Y si en ajenos brazos he de verte,
Prefiero de la muerte los rigores.



CÁRLOS HIPÓLITO SERÁN.



A LA CASCADA DE JUANACATLAN.

RECUERDOS DE JALISCO.

Mil veces salve ¡oh mágico torrente,
Imágen de la excelsa Omnipotencia!
¡Salud á tí que la nevada frente
Alzas soberbio, y besas
El trono refulgente
De un Dios de paz, de amor y de clemencia!
¿Quién al mirarte en gigantescas olas
De nácar y diamante,
No siente dentro el pecho palpitante
Latir el corazón avasallado,
Y en santo arrobamiento
No eleva al Ser Supremo el pensamiento?
Oid.... con ronca voz atronadora
Su inmensa mole en el abismo zumba,
Y en gajos cristalinos se derrumba
A la luz de ese sol que la colora!
Atónita la mente la contempla

En éxtasis divino,
 Cuando al rumor de sus veloces ondas
 Trasparente una nube se levanta
 De finísimo polvo diamantino.
 Y de la brisa al perfumado aliento
 La frente inclinan las pintadas flores,
 Orgullo y gala del callado río,
 Cuando en su cáliz, amoroso asiento
 De fúlgidos colores,
 Brilla limpia una gota de rocío.
 Allí del iris el radiante prisma,
 En arcos dobles de zafir y gualda,
 Al sol saluda cuando lento abisma
 Su lumbré, tras la falda
 Del empinado monte,
 Que baña en media tinta el horizonte.
 Y en el silencio de la noche, cuando
 La blanca luna con su luz de plata,
 En la corriente de cristal retrata
 Su faz hermosa, de Jalisco perla,
 ¡Con qué placer el alma enamorada
 Sueña, despierta, en la mujer amada!
 Mas ¡ay! que junto á tí, cascada hermosa,
 Nada valen de amor las ilusiones....
 La casta vírgen, en la edad preciosa
 En que palpita el corazón sencillo
 Al grato aroma de la flor del bosque,
 O de las aves al ropaje y brillo,
 Que en sueños de oro sin cesar se agita,
 Un bien sin nombre suspirando en vano,
 Al despertar la realidad encuentra,

Que todo lo marchita,
 Que todo borra con su helada mano!....
 De la amistad al sacrosanto fuego
 Incienso quema en su arrebató el hombre,
 Y el tiempo con sus alas lo destruye,
 Y solo queda del afecto el nombre!....
 ¡Esta es la vida! En vano
 El mísero mortal en su delirio
 Con loco afán embellecerla quiere,
 Sin comprender el doloroso arcano
 Que todo cuanto nace al punto muere.
 Tan solo tú, magnífico torrente,
 El de los gajos de luciente plata,
 Tal vez eres eterno!
 Tú la aurora primera de escarlata
 Viste nacer quizá, cuando imponente
 A lo creado se mostró en Oriente.
 Y desde entonces, en tropel confuso,
 Tus claras aguas sin cesar murmullan
 Con bronca melodía,
 Que va á perderse en la región vacía.
 Mas cuando todo yazga en el olvido,
 Cuando el sol ya no rompa las tinieblas,
 Y en negra noche el mundo sumergido,
 Se pierde la memoria
 De lo que fué la vida,
 Entonces, ¡oh cascada majestuosa,
 Del cielo desprendida,
 Allá en la eternidad tu ronco acento
 Será del orbe el postrimer lamento!....

IGNACIO SIERRA Y ROSSO.



A MI AMADA.

I.

Adorable mujer, oye, te ruego,
La voz del triste que por tí suspira;
Un hombre existe que por tí delira;
Sábelo, hermosa, y que perezca luego.

En el horrible tormentoso estado
A que adversa la suerte me condena,
Lejos de tí devórame la pena,
Solo mirarte alguna vez me es dado.

Y aun entonces mis ojos se recatan
De otras miradas de insensata gente:
¡Oh cuánto el alma en el silencio siente!
¡Cómo las penas sin piedad me matan!

Hízote el cielo bella y apacible,
Te dió el amor su misterioso encanto;
Y al contemplar unido hechizo tanto,
Ardió por tí mi corazón sensible.

¡Por qué ¡ay Dios! en tiempo mas dichoso
No quiso el cielo que tus gracias viera?
A tus plantas rendido te ofreciera
Una alma pura con la fe de esposo.
Piedad tal vez y amor alcanzaria
El dulce ruego de tu amante fino,
Y fuera idolatrarte mi destino,
Y tú el encanto de la vida mia.
¡Insensato delirio! que la suerte
Burlarme supo dura y caprichosa,
Y á mi pecho no queda ya otra cosa
Que la esperanza de temprana muerte.

II.

Pero entre tanto que llega
De morir el dulce instante,
Por tí latirá constante
Mi encendido corazón.
De mi pensar solitario
Serás el cándido objeto,
Y te adoraré en secreto
Con ardiente devoción.

¡Y porqué no? ¡puede el hombre
Contrastar á su destino?
¡Acaso el nùmen divino
De mi amor se ofenderá?

El me inspira dentro el alma
Tan plácido sentimiento,
Que de virtud fundamento
Y de heroismo será.

Sí, porque te amo cual se ama
Al padré que ya no existe,
Aunque no es la tumba triste
La que se alza entre los dos.

Te adoro sin esperanza,
Sin objeto, con pureza:
La virtud es tu belleza;
Te amo como se ama á Dios.

Y así te amaré constante,
Virgen de mi amor inmenso;
Mientras viva, santo incienso
En tus aras quemaré.

Y tu nombre, sosegado
Con la paz del inocente,
Será al morir, balbuciente,
Lo último que diré.



JOAQUIN TELLEX.



EVA.

El soplo del Criador le da existencia,
Y aparece en el valle de la vida,
Suelto el cabello, la cabeza erguida,
Brillando en su sembrante la inocencia:

Su mirada revela inteligencia;
Y de la luz al verse circñida,
Comprende que por Dios fué concebida
Para el mundo animar con su presencia.

En pié, gallardo y noble en la postura,
Adan contempla mudo y reverente
Tan sublime portento de hermosura;

Y al mirar el candor sobre su frente,
Palpitando de célica ventura,
En ella fué á estampar su labio ardiente.